

reseña

Molinos satánicos; sobre La gran transformación, de Karl Polanyi

por Miguel Alhambra Delgado y Jesús Ruiz Herrero*

Hacer una reseña sobre un clásico, como en este caso es *La Gran Transformación* de Karl Polanyi, siempre plantea problemas ya que se ha de proceder con una cierta mutilación de sus contenidos. Por un lado, se produce una inevitable reducción de la complejidad y riqueza del texto que se presenta, y a la vez por otro lado, se intenta mostrar la consideración que merece y la relevancia científica del libro para que incite a su lectura. Dicho más llanamente, nuestro propósito será plantear mínimamente alguna de las cuestiones más notables que en el libro aparecen y que pueden ayudarnos hoy día tanto a entender nuestra realidad, como a servirnos de apoyo para la elaboración de soluciones pragmáticas a nuestras problemáticas.

En efecto, entendemos que *La Gran Transformación* (GT) es un clásico de las ciencias sociales que posee una utilidad actual pues nos ayuda a conformar herramientas conceptuales rigurosas. Asumiendo y compartiendo la posición de la GT como un clásico destacado inscrito ya dentro del bagaje cultural de muchas de las disciplinas de las ciencias sociales (Antropología, Historia, Economía Política, etc), quisiéramos a la vez subrayar su fuerza y profundidad analítica, mostrarlo como una herramienta disponible y reapropiable (entre otras) para la crítica de nuestro presente (diferenciándose de cierta manera académica de presentar los clásicos como “viejas glorias pasadas” a reverenciar que no hace más que lastrarlos y castrarlos, en mayor o menor medida). Así, sin presuponer que la GT pueda aportarnos soluciones inmediatas para nuestro presente, sí que puede aportarnos conceptos y estrategias analíticas para abordarlo con un mínimo de rigor científico, alejándonos de la obsesiva doxa neoliberal que nos lo muestra como inevitable, irremediable y naturalizado en la evidencia (producto de su propio “esfuerzo”).

Dos de los principales objetivos de la GT serían: por un lado, dar una explicación de la emergencia de los movimientos fascistas en cuanto que fenómenos sociales e históricos, para lo cual Polanyi evita “degradarlos” o minusvalorarlos bajo interpretaciones maniqueas y conciliadoras que los integren o bien dentro de una especie de “paréntesis” histórico o bien como logro-producto de líderes maquiavélicos que consiguen sus objetivos exacerbando los instintos emocionales más salvajes de las masas, ambas groseras reducciones: ni huecos vacíos históricos ni animalidades desbocadas. El desafío para Polanyi es explicar por qué en determinado contexto histórico (sin limitar su mirada exclusivamente a los países donde los movimientos fascistas alcanzaron el poder) “la gente desea el fascismo” -por utilizar palabras de Deleuze-. Dicha motivación analítica lo encamina a observar y hacer explícito las condiciones sociales que posibilitaron dichos movimientos. La GT desarrolla una argumentación eminentemente socio-histórica rastreando



*.- Miguel Alhambra Delgado es becario de la U.C.M. (Beca predoctoral de iniciación a la investigación) y Jesús Ruiz Herrero es estudiante de 5º curso de Sociología de la U.C.M.; para todas las citas, se sigue la edición de ediciones La Piqueta, publicada en Madrid en 1989, presentada y traducida por Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría.

devenires estructurales y estructurantes que posibilitan y producen tendencias sociales. El acertado “sentido histórico” que vemos aparecer a lo largo del libro se aleja de las interpretaciones de “lo inevitable”, así como de “lo irrepetible”.

Por otro lado (punto éste en el que nos detendremos más), la GT desarrolla una crítica radical a la Ciencia Económica Clásica por considerarla menos una Ciencia que una utopía, pues ésta reduce brutalmente la complejidad social en sus análisis, comenzando en primer lugar por la ausencia a cualquier referencia histórica que muestre sus condicionantes sociales. En vez de ello, la Economía Política Clásica tendería a relatar como historia un cierto evolucionismo social cuyo punto álgido sería su propio presente, la economía de mercado, interpretada como “forma acabada”, “llegada” y estabilización de la dinámica histórica. Mediante la abstracción de sus peculiaridades sociales la Economía Política Clásica tendía a universalizar su propios particularismos, lo que no representaba otra cosa más que la instauración de una Utopía (incapaz de cuestionar o problematizar sus propias creencias): un proyecto político, que adquiere una mayor efectividad real al denegar, precisamente, su carga e interés político, al mostrarse como conocimiento apolítico y desinteresado socialmente.

En este sentido Polanyi se adelanta a muchas corrientes sociológicas en el estudio del poder y del conocimiento. La Ciencia Económica surge por tanto como racionalización y formalización de unos mecanismos e instituciones políticas previas impuestas (el mercado). El papel de la Ciencia Económica es por tanto naturalizar un tipo de hombre y de comportamiento: el “*homo oeconomicus*”, con su “tendencia a trocar” y a obtener ganancia de sus trueques, que nace de un contexto social de mercado, pero que al presentarse como tesis científica pretende naturalizar comportamientos que en última instancia son producto de ciertas formas de socialización y de ciertos contextos sociales e históricos.

En primer lugar y gracias a una argumentación antropológica, Polanyi sitúa a la sociedad de mercado como un caso peculiar y singular, al existir en ella una tajante diferenciación entre la esfera económica y las esferas sociales, fenómeno atípico, producto de unas concretas condiciones socio-históricas. A través del minucioso análisis de los canales de distribución, las formas de comercio, distancias a franquear, estructuras de apoyo, administración de los objetos y/o personas que entran en relación, así como las “inscripciones socio-estatutarias”, etc., observamos conformarse diversos modos de subsistencias grupales. En efecto, a tenor de los estudios antropológicos (unidos al análisis económico de la Grecia antigua) Polanyi subraya que la lógica económica “autónoma” propia del capitalismo no existía como tal en la mayoría de las *formas de integración o de institucionalización social* (formas societales), o en su caso, como por ejemplo, en el caso del intercambio, eran prácticas minoritarias restringidas a unas pocas áreas y objetos. Las lógicas y comportamientos económicos en cambio estaban plenamente insertas o mediatizadas por la tradición y las prácticas políticas (en sentido amplio del término), recibiendo de ellas su sentido absoluto y no teniendo según el autor un sentido puramente económico *per se* desligado de los vínculos y prácticas sociales. Lo material y económico constituían por tanto un medio para fines y conceptos sociales más amplios.

Polanyi diferencia antropológicamente tres modos de integración básicos: la reciprocidad, la redistribución y el intercambio. En cualquier sociedad coexistirían las tres lógicas aunque es la peculiar interrelación hegemónica de una de ellas sobre las demás la que acaba cristalizando una forma de institucionalización predominante, donde se articularían de diferente manera los usos y prácticas sociales que persiguen el sustento de la colectividad social. Este será un punto central de su argumentación para diferenciar dos tipos de economía (tanto en un sentido de realidad empírica como en un sentido de tipo de pensamiento económico): la *formalista* (que coloca el intercambio y la ganancia como centros y elementos naturales de la acción económica) frente a la *substantiva* (que se corresponde con esa concepción de la economía incardinada en sus relaciones sociales).



De este modo, es exclusivamente en la sociedad moderna de mercado donde se produce la autonomización de la economía que creará una racionalidad, una lógica y una cosmovisión netamente económicas ausentes en aquellas sociedades (la inmensa mayoría) donde las prácticas económicas están insertadas dentro de relaciones sociales más amplias. Se podría afirmar que son economías *muy poco económicas*, en el sentido moderno del término de instrumentalización y maximización del beneficio, y donde su centro está en la orientación de recursos para el abastecimiento y reproducción de fines o funciones sociales determinadas por imperativos culturales (religiosos, políticos, diplomáticos, estéticos, etc.). Para que no existan confusiones y por reproducir el concepto fundamental del autor que se ha difundido incluso en la lengua que escribía, es lo que llamará Polanyi la *economía “embeded”* en inglés o incrustada, es decir enmarcada, incardinada, y por extensión determinada por las relaciones sociales.

Las consecuencias en un plano político, de las reflexiones del autor y que él mismo anticipa en algunos capítulos, son evidentes: la recuperación de un concepto de economía más allá de la hegemonía de las tesis formalistas de la Economía clásica. Una reflexión que elabore un pensamiento económico por el cual las actividades productivas del ser humano quedan totalmente subordinadas a la consecución de los fines establecidos por los imperativos culturales y relaciones sociales bajo las que caen, por ejemplo hacia la consecución del bienestar y de la felicidad de la comunidad, así como para su sostenimiento y reproducción. Frente a la Economía clásica que propone una lógica económica autónoma, basada en imperativos abstractos y asociales como la máxima ganancia o utilidad, que reposa en la maximización del interés y de la satisfacción individual y que utiliza como procedimiento cálculos monetarios, Polanyi busca recobrar el concepto de una economía heterónoma (“embeded”) donde los fines, valores y sentidos los recibe de las necesidades y fines establecidos por la comunidad (sean de la índole que sean).



No obstante tampoco hemos de caer en errores. Polanyi nos advierte que el proceso de autonomización de la esfera económica hasta establecer estructuras institucionales y una lógica específicamente económicas, no han sido el mero resultado de una racionalización o tecnificación de los problemas del abastecimiento y la asignación de recursos. El nacimiento de esta economía “desenraizada” tanto en sus estructuras como en su formalización intelectual (en la Ciencia Económica) no es ajeno a un contexto político e histórico de correlación de fuerzas. De hecho el propio Polanyi afirma que la expansión de los mercados y finalmente la constitución del mercado como centro regulador de la vida económica y por ende de toda la vida, al depender ésta cada vez más del mercado como medio de provisión, era más bien *“el efecto de la administración en el interior del cuerpo social de estimulantes enormemente artificiales”* (p. 105). Es decir, destaca el hecho de que el establecimiento del mercado como centro regulador de la vida resultó de presiones políticas intensas (a menudo violentas) por parte de las élites que más podían beneficiarse de esta nueva sociedad. Éstas clases oportunistas están tanto en los retazos de una nobleza decadente que encontró en la rentabilización de sus bienes raíces la salvación de su declive como en una burguesía que necesitaba la movilidad de los recursos de la industria a un nivel nacional, para lo que se precisaba la creación de un mercado autorregulado. La primera destruyó los bienes comunales, la segunda derogó las instituciones de caridad del mundo tradicional para favorecer que los pobres (ahora desocupados) se disciplinasen y vagasen por las oportunidades de un mercado de trabajo de dimensiones nacionales. Ambas tuvieron por tanto que *destruir* todas las instituciones, prácticas y conciencia del mundo antiguo para levantar una sociedad basada en una nueva institución y un nuevo comportamiento: el mercado y el “homo oeconomicus”. Así, Polanyi nos desvela la operación política que subyace en el fondo del proceso, es decir, esos “estimulantes artificiales”, en sus propios términos, que hicieron nacer una nueva institución: el mercado como regulador de la vida económica.

Este mercado, además, funciona con mercancías *muy peculiares*, para la compra y venta orientada al beneficio, como el trabajo, la tierra y el dinero. Pero el problema es que ninguna de estas ha sido producida para el mercado; el trabajo son los “propios seres humanos” (p. 128), la tierra es la naturaleza y el dinero es un mero signo social del poder adquisitivo. Para que estos elementos sean efectivamente mercancías se necesita en el día a día regula-

ciones, mecanismos y presiones que fuercen e impongan la incorporación al mercado de estos elementos, unido al hecho de que sólo con su intercambio se encuentren las fuentes de abastecimiento social y de supervivencia. Estas regulaciones son tanto la difusión de comportamientos y nuevas prácticas (la lógica del mercado) como la destrucción de toda formación social alternativa a la regulación del mercado. Por ello, en tanto que la “propia substancia de la sociedad”, como afirma Polanyi (los seres humanos y la naturaleza, como base humana) caen completamente bajo los circuitos del mercado y esto es mantenido por los mecanismos de control y coacción necesarios, el mercado deviene en “sociedad de mercado” y sobre todo en “proyecto político” de largo alcance.

Es preciso también recordar que no obstante este esquema o utopía de la sociedad de mercado no puede perdurar mucho tiempo. Para Polanyi en tanto que artificialidad, en tanto que alteración grave y profunda de la naturaleza de la vida social y del propio ser humano, este abandono de la misma “substancia social” al mercado y a sus mecanismos y leyes conduce a la “destrucción de la propia sociedad”, básicamente porque el mercado funciona con una lógica asocial o antisocial abstraída de las necesidades reales y consecuencias sociales efectivas sobre la vida. Por ello junto a todo proceso de instauración de un mercado autorregulado y por extensión regulador de la sociedad se activan “contramovimientos”, según el autor, que buscan defender la sociedad del mercado y reglamentar, en interés social, las relaciones y la vida, así como sus actividades económicas. Esta dialéctica de movimientos a favor del mercado y “contramovimientos antimercado”, de defensa de la sociedad, es la característica esencial del transcurso político en las sociedades modernas.



Finalmente es necesario no caer en un último error en la lectura del autor. Polanyi termina avisando que el modelo del mercado autorregulador, el mercado como centro de la vida social, movido por la libre determinación de los precios de las mercancías, como buen experimento artificial, fracasó al llevar al borde de la destrucción y del colapso a las sociedades que regía. Así los contra-movimientos desde finales del siglo XIX, como sobre todo los que estallaron en los años treinta del siglo XX, ante la crisis de 1929, acabaron con el mercado autorregulador al incorporarse los imperativos sociales de protección y de reglamentación de las sociedades. En el caso de los años treinta del siglo pasado, de la forma más dramática y virulenta, ya que la solución por la que camina-

ron ciertas sociedades transitó por las vías fascistas y nacionalsocialistas. Pero desde principios del siglo XX, dada la capacidad destructiva demostrada por el mercado autorregulador, nada ha retornado a la situación puesta en marcha a partir de principios del siglo XIX. Esto nos ayuda a no caer en la simplificación de pensar el mercado autorregulador como la realidad de nuestro presente.

Lejos de hacer que perdamos interés en la obra de Polanyi esta obra nos ayuda a ver, por contraste, que nuestra vida económica no es mercado autorregulador en sentido puro al estilo decimonónico, por las regulaciones constantes y profundas que continuamente se aplican al mercado. En esta línea de argumento, comparando la sociedad decimonónica de la que habla Polanyi con nuestras formas actuales de control del mercado en la vida social y sobre todo de control por el Estado observamos que si bien vivimos bajo el capitalismo este es un capitalismo mutado adaptado y escarmentado de sus propias tendencias de colapso si se tratase de aplicar su proyecto teórico en su sentido más literal. Así nos preguntamos siguiendo a Polanyi si no estamos ante un tipo de mercado y capitalismo de mecanismos de coordinación mixtos (público-privados) que podría constituir la línea de continuidad del pensamiento polanyiniano tras examinar su análisis y cambios profundos desde los años treinta a cuarenta del siglo pasado.

Como vemos el libro traza todo un argumento de análisis histórico, cuyo conocimiento nos desvela los orígenes políticos de nuestro tiempo y de nuestra economía como también nos permite entender las mutaciones que ha sufrido en su experiencia histórica fracasada, con lo que nos sugiere nuevas hipótesis para tratar de entender el tipo de capitalismo que vivimos en nuestro presente.